

—Porque la huérfana del comendador de Castilla y el huérfano del rey Alonso, no deben vivir entre prisiones bajo el capricho de un tirano. Porque el rey D. Pedro ha visto á Inés y la ha requerido de amores. Porque eres capaz, hermano mio, de atentar al honor de Doña Inés. Porque has mamado con la leche toda la liviandad de tu madre. Por todo lo que acabas de oír, rey D. Pedro, estoy decidido á llevármela, y mi decision ha de cumplirse.

D. Pedro se mordía los labios, pero manifestaba calma; y con una frialdad extraordinaria solo le respondió á su hermano:

—Al servicio del rey conviene, que la huérfana del comendador y el huérfano del rey Alonso no salgan, D. Juan, del castillo, y permanecerán en sus muros. El rey D. Pedro ha sentido amor por la hermosísima Doña Inés, y no la gozará otro amante. Porque he mamado con la leche toda la liviandad de mi madre, pondré á mis plantas el honor de la altiva Inés de Avendaño. Y cualquiera que sea tu decision, como no cumple á mi deseo que se realice, tendrás que desistir, hermano.

—Te has equivocado, D. Pedro; vine decidido á cumplirla, y se cumplirá, ¡vive Dios!

—¿No sabes, hermano, que soy rey?

—De nada te sirve la corona. Todo el castillo está en silencio, y aquí solo estamos dos hombres, tan aislados como dos cadáveres en el frio seno de una tumba. Tu potestad y tus soldados no pueden venir en tu socorro, y al atravesarte en mi camino, me proporcionas la venganza.

—D. Juan.

—No hay remedio en la tierra. Aquí yo soy mas poderoso, y la sangre de D. Fadrique pide á su hermano Juan venganza.

—¿Estás delirando, D. Juan?

—No, D. Pedro, añadió el infante cogiendo la diestra del rey y desvainando su daga: esta daga fué del gran maestro, esta daga traspasará tu corazón.

—Este ballestero es Garcí-Díaz, dijo el monarca estendiendo su mano izquierda, y su maza fué la primera que hirió al bizarro D. Fadrique.

La daga del infante dirigida al pecho del rey, rasgó los vestidos del Monarca; pero no logró penetrar por la menuda cota de malla que llevaba bajo sus ropas. La pesada maza del ballestero dividió el cráneo del infante.

—¡Adios! Inés, dijo D. Juan.

—¡Esposo mio! exclamó la huérfana apareciendo.

—¡Véngame! murmuró el infante al mismo tiempo de espirar.

Los sesos de D. Juan salpicaban el pavimento y su sangre habia enrojecido las vestiduras de su hermano.

Doña Inés, con los ojos fuera del cráneo, los brazos tendidos hácia el infante y la respiración afanosa, no derramaba una sola lágrima, ni articulaba una palabra. El rey D. Pedro habia retrocedido algunos pasos, mientras el ballestero de

maza miraba impasible la última convulsión del muerto.

A pocos instantes apareció una débil luz en el extremo del corredor, y vino á aumentar aquel cuadro D. Lope Perez de Hinestrosa.

—Señor, ¿qué habeis hecho? preguntó aterrado el alcaide.

—Vengarme, y apagar mis celos, respondió el rey.

—¡Asesino! dijo Doña Inés con voz afanosa y solemne; habeis roto cuantos lazos me unian á la tierra: habeis sido muy cruel, rey D. Pedro. La vida, á los diez y ocho años, es muy odiosa para mí. Arrancádmele por piedad.

—No moriréis, hermosa Inés.

—Sí, dijo la huérfana con pasión. Si no descendéis á mi ruego, mi labio os llamará siempre asesino, y mi maldición os seguirá.

—Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.

—Reflexionadlo, rey D. Pedro. Ese muerto me ha encomendado su venganza, y yo la tomaré cumplida. No os consideréis á cubierto guardándome entre las prisiones: lograré romper mis cadenas, y descorreré los cerrojos.

—Desde este instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa Madre no aprisionaros en ningún caso, ni por ningún motivo, señora.

—¡Oh! ¡D. Pedro, D. Pedro! os seguiré como una sombra.

—Y yo buscuré las ocasiones de desgarrar vuestro corazón.

—Nuestra batalla será terrible.

—Acepto el desafío, señora.

—Seré vuestra sombra, D. Pedro.

—Y yo el verdugo de cuanto ameís.

—Don Pedro hizo una seña á Garcí, y ambos se alejaron al punto.

—Nada me queda ya en la tierra, dijo Doña Inés abatida.

—Estoy aquí, replicó D. Lope. Yo, Doña Inés, que os idolatra.

—Callad, callad: es mi destino ser la sombra del rey D. Pedro.

SEGUNDA PARTE.

SANTA MARIA DE LAS HUELGAS.

CAPITULO I.

Un recuerdo de amor que nunca muere,
Y está en mi corazón, un lastimero
Tierno gemido que en el alma hiere,
Eco suave de un amor primero:
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste, con tu luz querida,
La dorada mañana de mi vida.
ESPRONCEDA.

—Es en valde, D. Lope, en valde. Mi resolución está tomada, y todo el poder de los hombres se estrella contra mi valor.

Así hablaba Doña Inés de Avendaño al antiguo alcaide de Carmona. Mas como al finalizar la primera parte quedaron en aquel castillo, ante el cadáver de D. Juan, que iluminaban los relámpagos, no será fuera de propósito participar á los lectores el año y sitio en que á la sazón nos hallamos.

Con mucha rapidez discurren las horas de nuestra existencia, y las arrugas se prolongan antes de contar nuestros años. Mas de seis habian transcurrido desde el veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, día de la muerte del infante. Estamos á diez y seis de marzo de mil trescientos sesenta y seis y en la ciudad de Calahorra.

Triste es el aposento de la huérfana: vestido de negros tapices, mas bien parece un mausoleo que la morada de los vivos. Sitiales de brocado negro armonizan con los tapices, y sobre una mesa con tapete de la misma tela y de color rojo se percibe una rica daga, ante la cual arde una lámpara. Un bucle de cabellos negros ocupa el centro de un gran relicario de oro, y están enlazados á un hueso de la parte superior de un cráneo. En el relicario se lee: “cabellos del infante D. Juan, hijo del rey Alfonso Onceno, asesinado por su hermano D. Pedro, Primero de Castilla, en la fortaleza de Carmona el día veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve. Estos cabellos serán enterrados con el cadáver del rey D. Pedro el día que muera, como se lo predijo un piadosísimo sacerdote, bajo el puñal de D. Enrique, que ha de sucederle en sus reinos.” Nada mas notable ofrecia el aposento de la huérfana.

Doña Inés habia variado mucho en el trascurso de seis años: sus mejillas mas descarnadas, tenían una palidez tan diáfana que se traslucian todas sus venas; y una pequeña mancha purpúrea en la parte superior del carrillo hacia muy marcado contraste. Sus ojos, siempre negros, habian menguado su esplendor; pero mas abiertos y prominentes, tenían una inmovilidad siniestra, hija del dolor y la fiebre. Su nariz se habia prolongado, y sus labios estaban secos, muy delgados y muy marchitos. ¿Continuaba siendo hermosa la huérfana? Para los amantes de las formas; para los admiradores de una tez con el terciopelo del albérrchigo; para los que buscan una mujer rebosando placer y vida, mucho habra perdido la Avendaño. Para los que buscan en los ojos un espejo hermoso del alma; para los que consideran la vida muy larga, y muy fugaces los placeres; para los que estrechan una mano, y no contemplan su tersura, su carnosidad ni su color; para los que leen el pensamiento, y se extasían interpretándolo, mucho habia ganado Doña Inés.

Aquel dolor tan permanente, aquel vivir en su memoria, aquel amor tan homicida era mas hermoso mil veces que las Vénus y las Madonas; y aquella flor sin colorido, sin perfumes y sin frescura, mas interesante y mas bella, que la rosa de los jardines, que la amapola de los prados.

Para gozar en el dolor es necesario haber sufri-

do hasta calcinar las entrañas; pero estos goces de amargura son sublimes porque envanecen, y deliciosos porque aniquilan.

Cerca, muy cerca de la huérfana estaba D. Lope, que habia envejecido en los seis años de una manera sorprendente. Sus cabellos habian merchado de tal modo, que apenas se contaban algunos sobre las sienas y en la parte inferior de su cabeza. Anchas y profundas arrugas atravesaban horizontalmente su frente calva, y habia tomado su tez pálida el amarillo sucio de un mal guardado pergamino.

Puesto de hinojos ante Doña Inés, la repetía por la vez milésima su plegaria, siempre la misma, pero mas triste cada hora.

—Tened, señora, compasion. Mis ojos no tienen ya lágrimas, y brotan sangre sus pupilas: mi lengua solo sabe rogar, y mi pensamiento constante me ha puesto loco, Doña Inés. Siete años hace que yo os ví. Estabais fresca como las clave-linas y fragante como la azucena: os adoré y supe callar: hoy estais mustia y deshojada: os idolatro y lo confieso. Amabais á un bizarro infante...

—Le amaba entonces como á un hombre, hoy le venero como á un mártir.

—Yo veia crecer vuestro cariño, tenia horribles celos y callaba. Cuando me pidió vuestra mano se desvaneció mi cabeza, mi corazón se hizo pedazos, y con todo callé, señora. Vino el monarca de Castilla.

Maldecid su nombre, D. Lope.

—Sí, le maldigo, porque os ama. Llegó el monarca de Castilla, me dió como nueva indiferente la muerte de mi hermano Juan, y mi rostro quedó tranquilo; mas cuando me dijo que os amaba, apreté dos veces la daga para traspasarle el corazón.

—Si lo hubierais hecho, Hinestrosa, el infante D. Juan viviria, y seriamos los dos felices.

—En brazos de D. Juan, señora, no lo hubiera permitido nunca. No atenté á la vida del infante, porque me creia bastante fuerte para impedirle vuestra union: quise asesinar al monarca, porque mi poder ante el suyo era una arista que se opone al vendaval que se la lleva. ¡Piedad! señora, de un anciano que llora como un tierno niño.

—¿Recordais, señor de Hinestrosa el día veinte y cinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve?

D. Lope bajó la cabeza y no replicó una palabra.

—Habitábamos el castillo de Carmona; era la caída de la tarde; yo estaba pensando en D. Juan. Sentí pasos en mi aposento, érais vos. Me digísteis que el rey D. Pedro deseaba tener una entrevista con la huérfana de Avendaño: yo me postré ante mi tutor como vos lo estais ante mí.

—Callad por piedad, Doña Inés.

—Yo me postré ante mi tutor, y le dije con triste llanto: “Todo lo conocéis señor; no puede seros un misterio mi situación hácia el monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, D. Lope: estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño, la misma misión que mis pa-

dres en la morada de los justos. Sois mi protector por la ley y teneis sagrados deberes. Una huérfana desgraciada implora proteccion de un noble, y debe esperarla cumplida. Una mujer suplica á un hombre, y no debe quedar burlada. Por lo que mas ameis en el mundo, escusadme el crudo tormento de hablar al cruel D. Pedro de Castilla." ¿Qué me respondisteis, D. Lope?

D. Lope bajó mas su cabeza. La huérfana continuó con una energía extraordinaria:

—Me respondisteis, bien me acuerdo, y no equivocaré una sílaba: "¡Mi proteccion contra D. Pedro! Si quiero oponerle palabras, me mandará cortar la lengua: si atravieso mi cuerpo en los umbrales, pasará pisando mi cuerpo: si mi cabeza se incomoda, la estrellará contra los muros. ¡Mi proteccion contra D. Pedro! ¿Qué soy yo, miserable arbusto, contra el huracan que rebrama?" Esto me respondisteis, D. Lope, el dia veinte y cinco de Octubre de mil trescientos cincuenta y nueve; atendid bien lo que os respondo á diez y seis de Marzo de mil trescientos sesenta y seis. Mi amor ha sido del infante, y jamás tendré otros amores. Si fuera á pronunciar mi lengua dulces protestas de cariño, saldria una voz de los sepulcros para apellidarme perjura: si fuera á estrechar con mi diestra otra diestra al pié del altar, se levantaria un esqueleto para desunirlas al punto. Mi amor ha sido del infante y jamás tendré otros amores.

La voz de Doña Inés vibraba como una campana de bronce: Hinestrrosa siempre arrodillado no osaba mirar á la huérfana.

Pasados algunos instantes recobró fuerzas el alcaide, y con voz compasada y triste habló á su pupila temblando:

—¿Habeis agotado ya, señora, toda la amargura de los recuerdos contra el desgraciado Hinestrrosa? Habeis hecho penetrar en mi alma hasta el pomo la aguda espada del dolor, y teñido mi rostro pálido con el carmin de la vergüenza? Cuando me pedias proteccion contra el monarca de Castilla, ardia mi sangre como lava y me mesaba los cabellos de desesperacion y rabia. ¿Sabeis, señora, si D. Lope se hubiera atrevido á decir al rey que penetrase en vuestra estancia? Ciertamente no. Yo dí motivo á sus sospechas; yo fuí á buscar al infante en la triste noche de su muerte para que se propusiera alentar las esperanzas de D. Pedro, y conjurase la tormenta que sobre su frente tronaba. ¿Por qué busqué yo al infante? ¿Por qué vislumbraba su suerte? No, Doña Inés. Vuestro tutor habia asistido á una cena muy borrasca, pero no sabia una palabra de los proyectos del monarca, ni de la proximidad de la fuga: me habian vendido como á D. Juan. Fuí á proponerle aquel medio de calmar la cólera del rey, para que degradándose á vuestros ojos no hubiera una persona en el mundo que poseyese á doña Inés.

—Pero como el infante era noble, como su razon altivo no se parecia en nada al vuestro, desechó la infame propuesta y pereció como valien-

te. Cada instante apareceis, D. Lope, mas miserable, mas pequeño: y la hermosa sombra de D. Juan crece á mis ojos cada dia. Vedla como toca el azul del cielo y el sol le sirve de aureola.

Al pronunciar estas palabras, tendia su mano Doña Inés, y sus ojos desencajados querian buscar en el espacio la sombra ilustre que le retrataba su mente. El alcaide, siempre de rodillas, tendia sus manos hácia la huérfana, y proseguia con sus plegarias.

—¿Pero no es posible, Doña Inés, que olvideis por un solo instante la memoria amarga de aquel dia?

—No, no es posible que yo la olvide. Fué el dia grande de mi existencia.

—Y en los seis años que han pasado, ¿no me habeis visto siempre sumiso, suplicando de dia en vuestra estancia y velando de noche á su puerta?

—Habeis llenado cumplidamente vuestro cargo de carcelero. No necesita la mujer un hombre sumiso, ó lo que da lo mismo, débil, que llorare y se tuerza los miembros: necesita un corazon fuerte, que la haga respetar, y que la proteja.

—Yo he adivinado vuestros deseos, yo os he seguido como un esclavo por las ciudades de Castilla, yo he perdido mi razon, señora. ¿No merece lástima un anciano, cuya cabeza era de bronce, y cuyo corazon de hielo, que hoy tiene débil la primera y volcanizado el segundo? ¿No merece compasion un hombre, que durante cincuenta años no habia conocido otro amor que el de las letras y las armas, y hoy suspira como un manco, y hoy gime como una viuda?

—¿Y no merece fidelidad la memoria del noble mártir? Mi amor le condujo á la tumba, y....

—Vuestro amor me llevará á ella.

—Todavía estais vivo, D. Lope.

—El muerto no sufre, señora; el vivo padece un infierno.

—El muerto nos ve desde allí. Y Doña Inés señaló al cielo.

Un gran repique de campanas vino á interrumpir de improviso las eternas súplicas del alcaide y los desdenos de la hermosa. Ambos á dos se levantaron; pero manifestaban la sorpresa de dos maneras muy distintas. Sobre la frente de Doña Inés brilló una ráfaga de alegría, y se oscureció la del alcaide con nuevas sombras de tristeza. Por un movimiento simultáneo se precipitaron á una ventana, ansiosos ambos de saber, qué motivaba aquel repique y la repentina animacion de la ciudad de Calahorra.

Las ventanas del aposento daban á una calle bastante ancha y la mas principal del pueblo. Tenia en ella su palacio el obispo, que lo era á la sazón un D. Fernando, segun el cronista Lopez Ayala, y habia varios edificios de los mas ricos y notables. Un gentío inmenso discurría con precipitacion y gozo, estaban colgadas las casas, y no cesaban los repiques.

Por cada ventana asomaban una multitud de cabezas, especie de mosaico viviente, en que se

mezclaban los colores, las hermosuras y las edades. Gritaban los chicos por ver; las jóvenes bellas por ser vistas, y las abuelas y las tias por ocupar cómodamente el antepecho, que ofrecia un punto de apoyo mas firme que los respaldos de las sillas y las espaldas de las nietas.

Una infinidad de muchachos, mal vestidos y revoltosos, gritaban con toda la fuerza de sus dilatados pulmones un "¡viva!" siempre mas sonoro, pero que no podia calcularse á quién festejaban con él.

—¿Entrará D. Pedro en Calahorra, dijo el alcaide estremeciéndose, segun la bulla y algazara con que se agita todo el pueblo?

—Tambien pudiera ser, respondió la huérfana, que en vez de D. Pedro el fratricida, entrase D. Enrique su hermano.

—Eso es imposible, señora, el rey D. Pedro estaba en Burgos.

—Y en Zaragoza D. Enrique.

—Si fuera el infante vendria con las banderas desplegadas, y con aparato de guerra: no le permitiria Fernan Sanchez penetrar en este recinto, ni los vasallos de D. Pedro le recibirian aclamándole.

—Grueso ejército trae D. Enrique, y á la vista de los soldados, muchos juramentos se rompen, y cambian muchos de señor.

—El pleito, homenaje rendido ante el monarca castellano, guardarán los de Calahorra.

—No ha cumplido siempre D. Pedro, ni la fé de los juramentos, ni la santidad de los tratados. Vino á visitarle un rey moro, y le asesinó bajamente, para robarle ricas joyas. Como.....

"Ya están entrando, ya están entrando," gritó una turba de muchachos, batiendo la palmas con júbilo.

Las gentes de los miradores se empinaron cuanto pudieron, y alargando sus cuellos todo lo que daban de sí, pretendian adelantarse un segundo el espectáculo deseado.

No fué muy larga su impaciencia: por el estremo de la calle, y en direccion opuesta al palacio del obispo de Calahorra, apareció una cabalgada sobre palafrenes fogosos y con ricas armas de guerra. Fué adelantándose lentamente: mas entre tantos ojos fijos, podian distinguirse sin esfuerzo, por su atencion mas obstinada, los de la huérfana y de D. Lope.

—¿Los colores de Trastamara! exclamó Hinestrrosa de improviso.

—¿Viva el infante D. Enrique! gritó Doña Inés con voz metálica.

—¿Viva el infante D. Enrique!" repitieron los chicos en coro, batiendo las palmas como antes.

La comitiva habia llegado bajo la ventana de la huérfana; y así Doña Inés como Hinestrrosa, pudieron contar las personas y reconocer los semblantes.

Marchaba el primero, D. Enrique, sobre los lomos de un buen tordo, que conocen ya los lectores, por haberle visto en Carmona. Venia el infante bien armado y levantada la visera. Se-

guiale de cerca Beltran Gúesclin, capitan experimentado y general de sus ejércitos.

Se distinguian á pocos pasos el conde de la Marcha, del linaje del rey de Francia: Bernal, bastardo de Bearn: Hugo de Carbolay: Mossen Juan de Ebreos: Juan de Ebreos: el conde de Diena: D. Felipe de Castro: D. Juan Martinez de Luna y otro gran número de caballeros franceses, ingleses, aragoneses y castellanos. El obispo y Fernan Sanchez de Tobar aumentaban la comitiva, queriendo ganar los favores de aquel astro que aparecia, con abandonar el partido del sol de Castilla eclipsado.

No es necesario recordar que los víctores continuaron, los cuellos fueron dando de sí y magullándose las espaldas de unas humanidades y otras que se desplomaban sobre ellas.

Tambien seria bastante prolijo ir enumerando las conquistas que aquellos caballeros andantes fueron haciendo en las doncellas de la ciudad de Calahorra; debiendo añadir, en obsequio de las costumbres de la época, que los pechos de las casadas, asegurados ya de incendios, permanecieron insensibles á la marcialidad de los señores, y á la donosura de sus pajes. Cosa que atestiguan los cronistas, pero que sujetan á discusion algunas damas de estos tiempos, que quieren despojar la historia de inverosímiles consejas.

Fué pasando la comitiva, sin que llamase la atencion de la huérfana ni caballero ni escudero, cuando divisó un lindo paje, con los colores de D. Enrique, y cabalgando sobre un morcillo de nueve palmas, si no miente el historiador á quien copio.

Fija la mirada del paje en la huérfana de Avendaño, parecia combinar recuerdos, y caminaba á paso lento. Llegado que hubo ante la puerta de la casa de Doña Inés, paró de repente el caballo, y echándose el yelmo hácia atras, para mirar con mas anchura, se quedó inmóvil, contemplando á la pupila de Hinestrrosa.

Fija le contempló la huérfana: mas inspirada de repente, "¡Enrique!" exclamó con voz firme.

"¡Doña Inés!" la replicó el paje. Y abandonando su caballo en manos del primer soldado, que la casualidad le ofreció, subió de dos en dos los escalones con gran júbilo, hasta el aposento de la huérfana.

CAPITULO II.

¡Cuán fugaces, cuán fugaces
Son las horas de la vida,
Y qué presto en nuestras almas
El pesar su hiel destila!
MANUEL CAÑETE.

Entró el paje en el aposento, y saludando militarmente á la huérfana de Avendaño, echó una mirada severa sobre el alcaide de Carmona.

No era ya nuestro amigo Enrique aquel muchacho jugueteon que conocimos en otro tiempo: su tez se habia tostado mucho por el sol de los

campamentos, y una barba parda y espesa cubria su rostro varonil. Su estatura de cinco piés y medio era esbelta y proporcionada, adunando cierta elegancia de soldado con la robustez y la fuerza. Venia completamente armado, y marchaba con arrogancia.

De cuantas personas habitaban en el castillo de Carmona, solo Enrique habia adelantado en belleza: privilegio de los pocos años en el hombre; pues mientras la mujer, rosa cándida en su mañana, marchita los sutiles pétalos en la tarde y se deshoja en una noche, el hombre, arbusto de las sierras, tiende sus ramas mas robustas en el curso de algunos años, y roble altivo se levanta cuando la rosa ya no vive.

Dos años mas tenia la huérfana que el jóven paje; pero con todo ¡qué distintos! Es verdad que sobre la frente de la hermosa no habia posado todavía la mano lenta de los años su sello glacial y destructor; pero otra mano muy poderosa, otra mano que despedaza, mientras la del tiempo consume, habia descarnado sus mejillas, y quitado luz á sus ojos: la mano sangrienta del dolor.

El semblante de Doña Inés se animó á la vista del paje, con aquella dolorosa alegría que generalmente sentimos al encontrar un perdido amigo, partícipe de nuestras penas y testigo de la catástrofe. El paje fijó su mirada en el rostro de la señora, y cruzando con dolor sus manos, exclamó con triste sonrisa:

—¿Qué mudada os hallo, señora!

—He padecido mucho, Enrique!

—¿Quién os ha hecho sufrir, señora? preguntó el paje lanzando una mirada de fuego al alcaide. Doña Inés colocó la mano sobre su corazón, y dijo:

—Enrique, aquí está mi tormento.

Después la levantó, y señalando con sublime resignacion el cielo, añadió en voz baja y dulce:

—Mi esperanza está allí.

Todos quedaron en silencio. Hay algunas horas solemnes, en las que perdemos los sentidos; y desprendiéndonos del mundo que tocamos y nos rodea, vuela el alma por cien mundos nuevos que ella se traza y que ella puebla habitados por los objetos que diviniza nuestro amor. En estas horas encontramos nuevas potencias en el alma: la memoria no es lo pasado, es un presente que renace. Lo abarca todo el entendimiento: sube con Leibniz á los cielos, y con Newton baja á los mares. La voluntad no tiene límites; y omnipotente como Dios, realiza todos sus deseos, crea los objetos que no existen.

Muchas veces en nuestra vida hemos disfrutado estas horas de sonambulismo y delirio. Producidas por el placer, hemos llegado con Virgilio á los perfumados Eliseos, y allí han repetido los ecos de su montaña de diamante el nombre de la bien amada. Producidas por el dolor, hemos recorrido con el Dante las profundas cavernas del Tártaro y leído sobre su puerta de metal, en rojos caracteres de fuego, estas formidables palabras: "LASCIAE OGNI SPERANZA VOI CHE 'NTRATE."

¿Qué esperanza podia conservar Hinestrosa á los cincuenta y siete años de edad? ¿Qué esperanza podia conservar Doña Inés á los seis de haberla perdido? Ninguna. No cabe esperanza en un anciano; todo es pasado para él; tiene un instante de presente, pero le falta porvenir. Toda la esperanza de una mujer está cifrada en un amor: el amor muere, y tambien muere la esperanza. Entre dos esperanzas muertas estaba rica y poderosa la esperanza del jóven paje. El hombre á los veinte y dos años cree, ama, busca la gloria y ambiciona: mas adelante, se cansa y duda.

—¿Qué mudada os hallo, señora? repitió el paje amargamente.

—Han trascurrido ya seis años, Enrique, y las hojas del corazón no se renuevan como las de las plantas fecundas. Tú tambien estás muy mudado, y solo nos diferenciamos, Enrique, en que tú has ganado mis pérdidas.

—Mucho desearia, Doña Inés, poder volveros mis ganancias, y perder para que ganaseis. Habéis sido mejor amante que yo servidor; bien lo veo.

—El amor debe matar, Enrique; el agradecimiento y el cariño conservar eterna memoria, y tomar venganza tambien.

—Yo la tomaré muy cumplida. ¿Pero se ha justificado el alcaide de complicidad con el rey? ¿Habéis demostrado, D. Lope, que no tuvisteis ninguna parte en el asesinato de D. Juan?

—Lo he repetido veinte veces, dijo el alcaide sonrojándose, lo he repetido veinte veces, y un caballero nunca miente.

El paje miró á Doña Inés, como esperando confirmarse la aseveracion del alcaide, hasta que al fin dijo la huérfana:

—No tuvo ninguna parte, Enrique: el tirano desconfió de él y compró á Fortun el secreto.

—¡Oh! dijo el paje con despecho, si consigo haberle á las manos, yo le alargaré las orejas hasta que le sirvan de abarcas. Una sola vez he vuelto á verle y no le pude haber á tiro. Tengo en la memoria aquel dia para no olvidarle jamas.

—¿Dónde le encontraste?

—Señora, estábamos en Calatayud: el rey D. Pedro la apretaba, pero nosotros como rocas: es decir, como aragoneses. Se malograron los socorros y los vecinos inflexibles. Llegó el veinte y nueve de Agosto de mil trescientos sesenta y dos: el hambre se sentia de firme, y á pesar de mi oposicion, de mi dolor y de mi rabia no hicieron caso de un mancebo, y abrieron las puertas al rey. Los vecinos capitularon, yo puse espuelas á mi morcillo, y vine á dar noticia al conde. En el momento de salir descubrí á Fortun, pero lejos: no pude hacerle. . . ni un saludo.

—¿Has batallado mucho, Enrique?

—Medianamente, por lo menos, y hasta ahora con una fortuna que da gusto. En la fortaleza de Ariza recibí muy sendas lanzadas, y me abandonaron por muerto. Apenas medio restablecido el sitio de Calatayud, despues en Tarazona y

en Murviedro: siempre resistiendo á D. Pedro y siempre D. Pedro triunfante. Marcha el conde á Francia, le sigo. Allí me apuran la paciencia con su diabólica algarabía. Si les pido pan, se hacen sordos: si agua reclamo, me dan vino. ¡Maldiga Dios al que no habla en castellano como yo!

La huérfana se sonrió al considerar el disgusto con que el paje se producía, y Enrique continuó como antes:

—Nuestro general Beltran Gúesclin es un militar de provecho, muy arrojado en los combates, y muy bondadoso en los reales; pero con su acento breton es capaz de romper el tímpano á un anacoreta de bronce. Por fin dimos la vuelta á España con tres mil lanzas de refresco: esta mercadería de la Francia no agradó mucho al castellano, ni á su amigote el de Navarra. Abrense las negociaciones, embajadas por una parte, propuestas de paz por la otra: proposiciones solapadas; enredos que el diablo enmaraña. ¡Oh! en las contiendas de los reyes, lo mas honroso y mas seguro es cuchillada que cante el credo. ¿Qué resultó de estos mensajes? convenirse los tres monarcas en asesinar á D. Enrique.

—¿Es posible? preguntó Hinestrosa.

—¿Es posible? repitió la huérfana.

—Es mas que posible, es seguro. Concertaron el aragones y el navarro, versé en el castillo de Uncastel con el infante D. Enrique: acostumbrado mi señor á las continuas asechanzas que por todas partes le tienden, y escarmentado con la muerte dada al buen infante D. Fernando, no quiso acudir al castillo hasta que tuviese un alcaide de firme corazón y palabra. Nombraron por fin á Juan Ramirez de Arellano, y el infante se allanó á las vistas: yo le seguí como su paje. Apenas dentro del castillo, proponen al noble Ramirez asesinar á D. Enrique: él lo desecha con horror. Es Arellano todo un hombre.

—Pocos hombres cuenta Castilla, dijo la huérfana, como el alcaide de Uncastel. Mas no podia la Providencia permitir que acabasen con D. Enrique. Será el conde de Trastámara la justicia de Dios en la tierra sobre el Monarca de Castilla.

—Apretado el rey de Aragon, continuó el paje, por las huestes del castellano, recurrió á Beltran Gúesclin y á otros caballeros franceses, para que viniesen con sus compañías de aventureros á servirle contra Castilla. Unió D. Enrique sus escudos; y como conocian al conde, y el rey de Aragon daba oro y prometia Estados y honores, todo se arregló brevemente. Llegan el primero de Enero á la ciudad de Barcelona; se les recibe con aparato, y se les dan regios banquetes. Descansan un poco; venimos de allí á Zaragoza, y sin encontrar enemigos, entramos en Calahorra como acabais de presenciar. He contado como militar viejo mis trabajos y mis campañas; perdonadme lo largo de ellas, y concededme ya el permiso de ir á buscar á mi señor.

—¿En dónde se aloja el infante?

—En el palacio del obispo.

—¿Me acompañarás á él, Enrique?

—Con toda mi alma.

—Doña Inés, dijo el alcaide de Carmona, que habia permanecido entregado á meditaciones amargas: ¿para qué queréis presentaros ante esa numerosa corte que rodeará al infante ahora?

—Necesito hablarle, D. Lope.

—Me atreveria á rogar de nuevo que renunciaseis á esa entrevista.

—¿Queréis dejarla obrar? señor, repuso el paje con enfado.

—Estoy decidida, D. Lope. Ocupada siempre mi alma con unos mismos pensamientos, medita bien en sus ideas. Mis determinaciones son lentas, pero tambien irrevocables.

—Si me lo permitís, señora, os acompañaré hasta ese palacio.

—No es necesario; no, D. Lope. La autoridad del rey D. Pedro ha terminado en Calahorra; esta casa no es mi prision, ni vos mi tutor, Hinestrosa. Soy libre como el pensamiento.

—Y si quiere oponerse alguno, yo me encargaré. . . .

—Abusas, paje, dijo con dignidad D. Lope. Tengo triple edad; que la tuya, y debes respetarme, Enrique.

La reconvenccion era justa, y el modo de hacerla imponente. Enrique se ruborizó, bajó los ojos con vergüenza, y tomando una mano á D. Lope, le dijo sin alzar la vista:

—He hablado muy descortesmente á un caballero como vos; buscad la disculpa en mis años y en mis amarguras, D. Lope. Confieso la falta, señor, y os pido que me perdoneis.

Dos gruesas lágrimas asomaron á los párpados rojos y secos del buen alcaide de Carmona; su corazón se dilató, y se desarrugó su frente.

—Me has hecho mucho bien, Enrique; eres generoso y honrado. Tú podias haber añadido á la grave ofensa la burla, porque mis manos tiemblan ya, y mal sostienen una espada. Has preferido satisfacerme; has conocido mi razon, y has postrado ante ella, buen paje, tu orgullo herido humildemente. El cielo te proteja, Enrique, y nos perdone, como yo perdono tu ofensa, mi amigo.

—Amén, replicó el paje solamente.

—Podeis salir cuando gustéis, señora mia, dijo á la huérfana D. Lope.

—¿Me dais permiso para ello? replicó Inés arrepentida del modo duro y humillante con que le habia tratado hasta entonces.

—Sois libre, como lo habeis dicho. El poder del rey acabó, y mi tutoría por lo tanto. Solo continúan, Doña Inés, mi esclavitud y mis tormentos.

El alcaide salió de la estancia; Doña Inés se puso su manto, y apoyada en el brazo de Enrique, se encaminó rápidamente hácia el palacio del obispo. El alcaide al verla salir, tras una espesa celosía, no pudo menos de exclamar:

¡También el ángel de la muerte aparece hermoso en Inés!

CAPITULO III.

Io son Clorinda, disse; hai forse intesa
Talor nomarmi, e qui, signor, no vegno
Per ritrovarmi teo a la difesa
Della fede comune, e del tuo regno.
Son pronta, impone pure, ad ogni impresa:
L'alte non temo, el'umile non sdegno.
Vogliami in campo aperto oppur tra'l chiuso
Delle mura impiegar, nulla riuoso.
TASSO. GERUSALEMME 2.º CANTO."

LA comitiva del infante llegó al palacio del obispo, y descabalgaron los señores mas principales del ejército. El pueblo repitió sus vivas; los pajes marcharon á ocupar sus alojamientos; y D. Enrique de Trastámara, Beltran Güesclin, Hugo de Carbolay, el conde de la Marcha, Bernal de Bearne, Mossen Juan de Ebreus, el conde de Denia, D. Felipe de Castro, D. Juan Martinez de Luna, el obispo de Calahorra, Fernan Sanchez de Tobar, y algunos que otros cabos penetraron en el palacio.

Conducidos por el obispo, fueron á ocupar sus asientos en el salon capitular. Presidia, como era de razon, el infante: estaba á su derecha el prelado, representante de la Iglesia en un siglo en que era mirada con respeto, y á su izquierda Beltran Güesclin, como general de la hueste. Ocupaban los demas cabos sus asientos en proporcion á su importancia; siendo los últimos á sentarse los aragoneses y castellanos, que como de la propia casa quisieron hacer los honores con grade fineza á sus huéspedes.

Acomodados los señores, llegó la ocasion de esplicarse sobre el motivo de la junta; y Beltran Güesclin que reunia á la esperiencia de la guerra una elocuencia varonil, tomó la palabra el primero, y se espresó de esta manera:

"Señores, antes de manifestar al consejo los fundamentos de mi opinion, quisiera oír la del venerable prelado, y la de Fernan Sanchez de Tobar. El obispo por su carácter debe tener la primacia; y ambos como mas al corriente de cuanto sucede en Castilla, pueden ilustrarnos mejor."

Calló Beltran, y la asamblea se unió unánime á su deseo.

"Agradezco, dijo el obispo, la caballerosidad é hidalguía con que ha querido Mossen Beltran, hacer respetar en mi persona los privilegios de la Iglesia. No diré yo que soy extraño al ejercicio de las armas. La cruda lucha que sostenemos desde principios del siglo octavo, con los sectarios de Mahoma ha hecho un capitan de cada obispo. Nos quitamos el pectoral para ceñirnos la coraza; y dejamos cien y cien veces el báculo de los pastores por la tizona de un soldado. Llamados por el Evangelio á combatir contra el Coran, somos apóstoles y paladines de una religion y de una Iglesia: pero fuera de esta guerra santa no debemos blandir el acero en nuestras guerras intestinas, ni der-

ramar sangre cristiana con unas manos que bendicen y á las que baja el sacramento. Yo formaré votos como hombre; yo rogaré á Dios como sacerdote y cristiano para que triunfe la buena causa, pero no vestiré la cota ni predicaré el estermio. No esperéis mi opinion, señores; y el espíritu de Dios brille en las de varones tan altos."

Estas palabras llenas de unción, estas máximas evangélicas fueron escuchadas en silencio, y los guerreros mas fogosos rindieron un justo homenaje á la piedad santa del prelado. D. Enrique le apretó la diestra con las lágrimas en los ojos; y hubo una pausa religiosa hasta que de nuevo Güesclin invitó á Sanchez de Tobar á que emitiese su opinion.

Pocas palabras, dijo Sanchez, tengo que decir al consejo, y aun pudieran quedar calladas. El rey D. Pedro de Castilla puso á mi cuidado esta plaza de Calahorra: si el rey D. Pedro de Castilla me hubiera enviado algun socorro, ó no hubieran sido tan flacas las murallas que la rodean antes de pisar este sitio, hubierais probado, señores, las puntas de nuestras ballestas, y la lealtad de un castellano.

Un murmullo de aprobacion respondió al valiente soldado, y los sentimientos honrosos que hicieron brillar sus palabras, fueron acogidos de todos, y todos los interpretaron.

Siguieron varios capitanes al alcaide de Calahorra, y muy encontrados pareceres dejaban ver en sus discursos. *Los unos decian que era bien ir luego á Burgos, como á cabeza de Castilla; otros fueron de parecer, que el conde D. Enrique tomase título de rey, para que, perdida del todo la esperanza de reconciliacion con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñallos (1).*

Debatidas las opiniones volvió á levantarse Güesclin, y reclamando la atencion, dijo con voz firme y sonora:

"Antes de venir á Castilla era ocasion de discutir el partido mas conveniente: una vez pisada la tierra, solo nos toca pelear. Toda la flor de la Alemania, de Inglaterra y de Francia, toda la de Aragon y de Castilla, está á la sazón en nuestra hueste: ¿quién dudará de la victoria? La primer ciudad á que llegamos nos recibió con alborozo, y otras ciudades y otras mas seguirán, señores, su ejemplo. ¿Qué fuerzas opondrá D. Pedro á nuestros valientes paladines, á nuestros doce mil caballos, y á nuestros treinta mil peones? Lo mas granado de Castilla está militando con nosotros; sus amigos han perecido bajo el hacha de sus verdugos; sus soldados serán bisoños, y los pueblos romperán con gusto el duro cetro que los rige, y los judíos que los esquilmán. ¿Está nuestro enemigo en Burgos? Marchemos al punto á su encuentro. ¿Falta en Castilla un soberano? Ceñid, D. Enrique, la corona, y con el cetro y con la espada, regid en justicia á vuestros pueblos, y esterminad á los malvados."

(1) Mariana. Historia de España.

Un aplauso acabó el discurso del valiente capitan breton. Todos se llegaron al infante, y todos le pedían á la vez que se ceñiese la corona, y que marchase sobre Burgos.

Trabajo le costó á D. Enrique restablecer algo el silencio, para que escuchasen sus palabras, y antes de poderlo conseguir, hubo de escuchar estas pocas del jóven Bernal de Bearne.

"Tedo cuanto puede decirse, lo ha presentado Beltran Güesclin, como yo no pudiera hacerlo; pero permitidme, señor, que añada muy breves razones. El hijo mayor de D. Alonso tiene que vengar á su madre, á sus hermanos, y á sus deudos."

Al terminar Bernal su discurso, uno de los tapices que cubrian los muros de aquella gran sala se agitó imperceptiblemente: el auditorio guardó silencio, y enjugó sus ojos D. Enrique.

Muy doloroso era para el conde el recuerdo de tanto agravio, y no debía despreciar un modo de tomar cumplida venganza; así lo esperaban los caballeros, y así parecia natural en la irritacion de su ánimo. El infante meditó largo rato, y dirigiéndose á los barones les arengó de esta manera:

"Quizá debiera yo callarme, mis nobles y valientes amigos, y dejar á vuestro cuidado la prosecucion de un negocio, que con buenos auspicios comienza y que no tendrá malos fines. Hemos escuchado á un obispo hablar con santa mansedumbre: á un castellano con lealtad: á Beltran Güesclin con arrogancia: á todos vosotros con valor. Yo que soy aquí, mis amigos, tan interesado en la demanda, quiero discurrir con prudencia. He combatido á vuestro lado en distintas épocas y naciones: no me tacharéis de cobarde: anhelo medirme con D. Pedro, y seria para mí muy grato venir á las manos con él. Pero si marchamos sobre Burgos, ¿nos será hacedero tomarla? Mucho temo que no suceda. Burgos es una ciudad fuerte: D. Pedro, que está en su recinto, podrá reunir en breves dias un buen número de soldados, y los burgaleses altivos no mirarán con buenos ojos al que los entre por asalto. El levantar una barrera entre mi persona y D. Pedro no me impediria ciertamente apellidarme rey de Castilla, mas no me place que los pueblos puedan ver en mi expedicion, mas que el procomunal del reino, el interés de un solo hombre. Los castellanos se dan reyes, mas no los reciben por fuerza. Yo no pienso disfrazar aquí una ambicion bastante noble; el que desprecia una corona está falto de corazon, y el mio late con arrogancia. La ceñiré, si Dios lo quiere y me la presenta Castilla; pero no quiero adelantarme á la Providencia, y á los pueblos. Mucha sangre se ha derramado de mis amigos y mis deudos: yo estoy decidido á vengarla...."

—Sí, D. Enrique: oye la voz de tu sangre que te lo manda, dijo una mujer apareciendo.

—¡Oh sombra querida de mi madre! exclamó el infante abrazándola.

—No soy la sombra de tu madre, yo soy la

sombra de D. Pedro; soy Inés Sanchez de Avendaño.

Era tan semejante Doña Inés á Doña Leonor de Guzman, y su estremada palidez la daba un carácter de aparecida tal, que al contemplarla D. Enrique, creyó ver á su madre saliendo de los mármoles del sepulcro para pedirle la vengase, y se precipitó en sus brazos. De pié todos los caballeros, se preguntaban admirados quién era aquella hermosa jóven marchita por los sufrimientos, y solo sacaban en claro que debia ser la triste huérfana del comendador de Castilla, D. Lope Sanchez de Avendaño. Doña Inés cogió por la mano á D. Enrique, y conduciéndole á su asiento, se colocó de pié á su lado; reclamó silencio con un gesto, y dijo con su voz metálica:

—Los hombres teneis reflexion y cabeza; las mujeres un corazon é inspiraciones. Yo vaticino á D. Enrique que reinará sobre Castilla, y se cumplirá el vaticinio. Conde D. Enrique, en mí has encontrado una sombra que se confunde con tu madre: voy á hablarte, pues, en su nombre. Conde D. Enrique, toma aquí el título de rey, y en Burgos ceñirás la corona. Capitan de tan noble hueste, marcha sobre la ciudad de Ruy Diaz, y Burgos te abrirá sus puertas. El rey D. Pedro tiene miedo; un tropel de muertos le acosa y sus soldados son cadáveres. ¡Sús, capitanes, á las armas! La hueste marche sobre Burgos, y ¡Castilla por D. Enrique!

—¡Castilla, Castilla por Enrique segundo!" exclamó Güesclin.

—¡Viva!" contestaron á una voz.

—Ya está proclamado por rey, añadió el capitan frances, en este consejo, pronto lo será en Calahorra. Pensemos, señores, en la guerra. Muy conveniente nos seria conocer las disposiciones de los habitantes de Burgos.

—Rey D. Enrique, dijo la huérfana, ¿conoces á fondo mi historia?

—Eres hija, respondió el rey, de D. Lope Sanchez de Avendaño, comendador mayor de Castilla, y asesinado por D. Pedro en el Villarejo de Salvavés, pocos dias despues que lo fué mi hermano Fadrique en el Alcázar de Sevilla. La segunda parte de tu historia me la ha referido muchas veces mi buen paje, Enrique Ruiz de Rojas.

—Sí, dijo el paje, que se habia presentado cuando Doña Inés, yo la he referido cien veces; yo, el hermano menor de Sancho Ruiz de Rojas, camarero de D. Fadrique y asesinado el mismo dia que su señor, por la mano del rey D. Pedro.

—Todo lo sabes, D. Enrique, prosiguió la huérfana; ahora escúchame. Yo no he venido aquí á llorar, y mis pupilas están secas; he venido á reanimar tu brio y á prestarte mis servicios. No me he educado en las batallas, ni sé manejar una lanza: no seré amazona en tu hueste. Tengo valor y decision; necesitas quien vaya á Burgos; yo saldré hoy de Calahorra acompañada de este paje, y no descansaré hasta Burgos. Despues sabrás los resultados de mi llegada á la ciudad.

—Es imposible, dijo el rey, que yo te permita partir; el rey D. Pedro te aborrece, y puede atentar á tu vida.

—Estais engañado, señor D. Pedro me ama con delirio, y mi persona le es sagrada. Cuando yo le pedía la muerte en el castillo de Carmona, como el único bien posible, quiso hacerme todo el mal dable, y me aseguró no hacer rodar en ninguna ocasión ni por poderoso motivo, esta cabeza que me abrasa. Yo le amenacé, me creyó débil, y reprodujo el juramento. Le declaré una guerra á muerte; le dije que seria su sombra; mostró incredulidad y desdén; se sonrió de mi arrogancia, y me ofreció la libertad. Nada temas tocante á mí; iré á Burgos, rey D. Enrique, y temblará de mí D. Pedro. Mucho te deberé, hermano mio. ¿Me permites que así te llame?

—Sí, desgraciada hermana mia, contestó el rey enternecido.

—Mucho te deberé, hermano mio, si me permites ir á Burgos. Allí veré al Leon de Castilla, mas calenturiento y temblando.

—Cúmplase tu voluntad, Doña Inés.

—Gracias, D. Enrique el Segundo.

Todos los caballeros querian acompañar á la doncella: todos pretendían el honor de partir con ella el peligro y de participar su gloria. El joven Bernal de Bearne se aproximó al rey D. Enrique, y con apasionado acento,

—Señor, le dijo, tú bien sabes que una particular afición hacia tu persona y tu causa me ha conducido hasta Castilla. No vengo á aumentar mis Estados con tus mercedes, D. Enrique, vengo á ceñirte la corona y á que me tengas por tu amigo. Te he merecido distinciones de mucho precio para mí, pero si quieres aumentarlas con una que á todas eclipse, permíteme marchar á Burgos sirviendo á esta hermosa señora, y nada podré desear, ni nada podré darme, ¡oh rey! que á tan gran favor se compare.

Iba á responder D. Enrique, pero se adelantó la huérfana, y con muy corteses razones agradeció al buen caballero su oferta, no admitiéndola por creer podria embarazar su proyecto...

—Está decidido, concluyó, que me acompañe este buen paje. Adios, D. Enrique; hasta Burgos.

La huérfana salió con el paje dejando admirado al consejo de su decision y su porte.

Acordaron los caballeros proceder inmediatamente á la proclamacion de D. Enrique, y desplegando los pendones, recorrieron todas las calles de la ciudad de Calahorra, hasta haber llenado las fórmulas que segun el fuero se usaban, gritando tres veces: CASTILLA, CASTILLA, CASTILLA POR EL REY D. ENRIQUE EL SEGUNDO!



CAPÍTULO IV.

Triste es vivir cuando el cierzo
Del hastío nos azota,
Y del dolor las cadenas
Van deteniendo las horas.
J. B. SANDOVAL.

Quizá recuerden los lectores á una Beatriz, antigua dueña, que conocimos en Carmona. Inseparable de Doña Inés, la habia seguido á Calahorra, y mientras aquella reanimaba las esperanzas de D. Enrique, estaba sola en su aposento, con sus antiparras caladas y haciendo calceta á destajo.

Cincuenta años tenia Beatriz en el de mil trescientos cincuenta y nueve, y en cincuenta y siete frisaba á la época en que vamos corriendo. Era la dueña una mujer de aquellas por quienes no pasan años, y aunque sentia la enfermedad y los disgustos de la huérfana, sabia echar las penas á la espalda, y se mostraba mas remozada y, sobre todo, con mas carnes que en el castillo de Carmona.

Era Beatriz blanda de ojos, y aunque derramaba muchas lágrimas por el destino de su señora, solo producian el efecto de poner un ribete encarnado en los párpados de la dueña, pues las lágrimas que enflaquecen, son las que brota el corazon en sus cavidades ocultas.

De la mejor amiga de Inés, se habia convertido la nodriza en una censora continua, y mas de una vez insoportable. Con su afición á perorar, jamás despreciaba ocasion de hacer lucir sus buenas dotes; y como le faltaba Enrique, habia elegido por su víctima á la huérfana de Avendaño.

La tristeza de Doña Inés era un tema continuado para sus eternos sermones. Cada lágrima de la huérfana originaba una filípica; y su dolor, mucho casi siempre, daba motivo á interrogaciones ridiculas, pero reproducidas diariamente. Tiene su egoísmo todo dolor: el que conoce que padece por una causa sin remedio, funda su orgullo en el silencio; y esa pregunta tan sencilla de "¿qué tienes?" hecha por persona que conoce toda la magnitud del mal, y que no ha de ponerle término, produce una crispacion horrorosa, y hace crecer el sufrimiento en una proporcion que espanta.

Todos conocemos por reiteradas experiencias este tormento familiar, dado casi siempre, por personas que nos profesan gran cariño. Nuestras mismas madres, esos seres á quienes debemos la vida, y que darían mil veces las suyas por ahorrarnos un sufrimiento: esos seres, todo dulzura, todo compasion, todo amor, con maternal solicitud buscan inquirir nuestras penas, y las aumentan muchos grados. ¡Oh! es muy triste usar aspereza con la que tan llena de amor quiere partir nuestros dolores; pero en instantes de amargura las rechazamos duramente, teniendo que reunir á otros males un remordimiento terrible.

Otra causa existia tambien, que puesta en boca de Beatriz era el torcedor de la huérfana: hablo del amor de D. Lope. Ya dije que la humanidad

con que habia tratado el alcaide á la dueña, medio sofocada por la ira que supo causar al rey D. Pedro, y sobre la paciencia con que escuchó toda su historia, reconcilió mucho á Beatriz con el alcaide del castillo. Habiendo crecido cada dia el desesperado amor de D. Lope, buscó una confidente en la dueña, y la encontró tan oficiosa, que no desperdiciaba ocasion de recomendar á la huérfana un enlace con Hinestrosa. Enlace de gran conveniencia, segun Beatriz, pues Doña Inés se iba pasando, en sentir de la antigua dueña.

Continuaba haciendo calceta Beatriz, cuando se presentó D. Lope, pálido como siempre y triste.

—¡Ay! dijo la dueña suspirando, cuánto deseo ver en tu rostro alguna señal de alegría.

—Es imposible, buena dueña.

—¿Has visto, señor, á mi Inés?

—Acabo de separarme de ella.

—¿Y se ha mostrado rigurosa?

—Siempre la misma.

—Eso va pasando de raya.

—Tengo cincuenta y siete años, y represento veinte mas.

—Cincuenta y siete tengo yo, y no me cambio por ninguna. Es una edad que á nadie asusta: un poco mas de medio siglo, la mitad de una buena vida.

—El término de la mia se acerca, y lo veo con gusto, Beatriz.

—Esa obstinacion de mi Inés me va enfadando ya, D. Lope, y ahora mismo voy á decirle, que si no cambia de...

—Es inútil. No encontrarás á Doña Inés. Acaba de salir.

—Señor, dijo la dueña levantándose, ¿mi Inés está fuera de casa?

—Sí, dueña, sí. Acaba de entrar en Calahorra D. Enrique de Trastámara.

—¿El conde?

—El conde viene á la cabeza de un ejército numeroso, y la ciudad lo ha recibido con aclamaciones y repiques.

—Pecadora de mí. Al escuchar tanto repique, me pareció que anunciarían una novena ó jubileo. ¿Pero cómo ha venido el conde? Esto debe ser un milagro.

—Los milagros que hacen las lanzas. Con el conde ha venido Enrique.

—¿Ha venido? ¡Hijo de mi alma! ¡Vendrá muy tostado del sol! ¿Ha crecido mucho? ¿Está muy grueso? ¿Tiene barbas? ¿Es capitán de compañía? Era muy travieso, D. Lope, pero tan leal como un perro.

—El niño es ya un hombre, Beatriz.

—¿Pero adónde se ha marchado Inés?

—A ver al conde.

—¿Sola?

—No: la va acompañando el buen paje.

—Sabeis, D. Lope, que es estraña esta conducta de la huérfana. ¿Qué irá á decir á D. Enrique? ¿Qué tiene que tratar con él si no le conoce siquiera, si no le ha visto ni una vez?

—Ir á decirle su idea fija; irá á contarle lo de

D. Juan; irá á pedirle su venganza. Un solo pensamiento ocupa la imaginacion de la huérfana, D. Juan: una sola palabra bulle en sus amaratados labios, D. Juan: un solo porvenir descubre, unirse al cabo con D. Juan. El es su Dios y su creencia: cifra en él la bienaventuranza futura y padece con noble orgullo porque se está muriendo por él. Hablarle de amor, es recordársele: hacerle ver su enfermedad es recordársele tambien. El manso arroyo que murmura, el huracan que airado brama, la blanda lluvia que fecunda y el ronco trueno que amedrenta, tienen un lenguaje simbólico que habla á su imaginacion doliente, y todos le dicen: "D. Juan."

—¡Oh! Teneis mucha razon, D. Lope: Doña Inés está casi loca, y temo...

—No ha perdido el juicio, pero lo perderá quizá. Hoy está viviendo Doña Inés bajo una pesadilla sangrienta; ¿cómo despertará? ¡Dios lo sabe! Si yo pudiera darla vida! ¿Si pudiera hacer con mi sangre un bálsamo que cicatrizase las hondas llagas de su pecho! ¿si mi alma convertida en fuego pudiera reanimar la suya! Pero no: todo es imposible. Doña Inés morirá de amor; yo moriré, Beatriz, de celos. Estoy celoso de una sombra, tengo por rival á un cadáver; y la sombra turba mi vista, y el cadáver ata mis miembros.

—Decís unas cosas, D. Lope, que hacen estremecer á uno: yo, la verdad, sueño de noche con aparecidos y duendes: ya se ve, si oigo por el dia tantas cosas extraordinarias, que no tiene nada de extraño...

—Para serviros, buena dueña, dijo Enrique entrando en la estancia, acompañado de la huérfana.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! dijo la dueña santiguándose, y se quedó con la boca abierta, hasta mostrar la campanilla.

Enrique sonrió de verla: se adelantó unos cuantos pasos con marcialidad y buen porte, y llegando hasta Beatriz, la dió un abrazo muy cordial con el mejor amor del mundo.

—¿Quién te habia de conocer? hijo, dijo la dueña sollozando: has crecido un palmo lo menos y con esas barbas estás hecho un soldado, muy buen mozo.

—Os estimo la cortesía.

—¿Qué grado tienes, hijo mio?

—Soy, para serviros, buena dueña, paje del rey.

—¡Paje del rey! exclamó Beatriz.

—¿Qué encontráis en ello de extraño?

—Enrique paje de D. Pedro!

—Enrique paje de D. Enrique el Segundo, rey de Leon y de Castilla, respondió el paje descubriéndose.

—¿D. Enrique, rey de Castilla? preguntó Hinestrosa.

Señor, repuso la hija de Avendaño, acaba de ser proclamado en el palacio del obispo, y pronto se darán al viento los estandartes de Castilla por el rey Enrique Segundo.

Hubo un instante de silencio, que nadie osaba interrumpir. La dueña que no se avenia con ex-